

# Vivencias de una familia zamorana emigrante

María Ferreira Cunquero

## 2º PREMIO EXEQUO

María Ferreira Cunquero, nacida en Figueruela de Abajo el 30 de marzo de 1936. Hija de Gabriel Ferreira Fernández, natural de Figueruela de Abajo y de María Juana Cunquero Cunquero, natural de Figueruela de Abajo.

Abuelos paternos, Cipriano Ferreira Carretero y Francisca Fernández Ferrero, naturales de Figueruela de Abajo.

Abuelos maternos, Gregorio Cunquero Martín y María Cunquero Carretero.

El pueblo de Figueruela de Abajo está situado al oeste de la provincia de Zamora.

A pocos kilómetros se levanta la Sierra de la Culebra. Tenía una población aproximada de ochenta a noventa vecinos en los años que yo viví ahí<sup>1</sup>.

Los pueblos vecinos son Figueruela de Arriba, Gallegos, Veiga, Moldones, y por Portugal Pidisqueira, y Villarino.

El límite con Portugal es el río Cabrón, que nace en la Sierra de la Culebra, a unas cuatro leguas aproximadas, pero lo que tengo más exacto era que distaba dos horas a lomo de burro, o cuatro horas en carro cargado tirado por vacas.

Sobre el río, el pueblo construyó un molino y cuando nos tocaba ir a moler era eso lo que se tardaba en llegar.

## FORMA DE VIDA

Se vivía de lo que producía la tierra y el ganado. No se vendía nada, porque lo que producía la tierra apenas alcanzaba; apenas se disponía de algún

<sup>1</sup> Por “vecinos” ha de entenderse “casas abiertas”. Hoy posee 100 habitantes.

ternero, alguna cabra y algún cordero, pero poca cosa. Se tenía poco ganado y era solamente para el consumo propio. Con la lana de las ovejas se hacían los tejidos como medias y abrigos, y también mantas, etc., y ganado vacuno sólo se tenían las vacas necesarias para arar. No se podía tener más porque no había como mantenerlas; como se dice, ni se compraba ni se vendía; se subsistía<sup>2</sup>.

Es un pueblo con mucha belleza geográfica, con sus montañas y ríos que lo bañan. Y qué decir de las fuentes. Pero pobre porque no daba para vivir mejor.

La fiesta tradicional importante, Santiago Apóstol, veinticinco de julio. Es la fiesta del año, por ser el patrón del pueblo. Desde la víspera empezaban a llegar los camiones con las plantas de repollo, que venían de La Bañeza. En la calle principal se formaba una feria de tiendas y golosinas. La gente de la comarca llegaba a la feria a comprar el repollo y rendirle culto a Santiago. Era una multitud. Fecha muy recordada. La Semana Santa también era muy representativa, el Corpus Christi, la Navidad, etc. También se hacían las procesiones para bendecir la cosecha y el ganado. La diversión que teníamos eran los bailes de los domingos. Empezaban a media tarde hasta el anochecer. Eran típicos los bailes de carnaval. Siempre había alguna señora que llegaba con un saco empolvado de harina y empezaba a diestra y siniestra a llenar de harina a todas las parejas que estaban bailando. Era parte ya del baile de carnaval.

## PASO A CONTAR MIS VIVENCIAS

Mis padres se casaron y vivían en la casa paterna. Ahí nacimos mis hermanos y yo. Ricardo el mayor, Aurora que le sigue y yo la más chica. Con Ricardo tenía cuatro años de diferencia, con Aurora un año y medio. Como se ve, éramos una escalerita seguida. Siendo pequeñita lo que más me acuerdo es que mis padres se iban a trabajar y quedábamos en casa con el abuelo.

El abuelo tenía problemas en la columna y caminaba con dos bastones. Nos daba de comer y nos contaba cuentos. Era muy alegre, y también nos daba algún pellizco si nos portábamos mal, y nos dejaba la cola como un tomate si la cosa era gorda...

Así crecí los primeros años, con un abuelo muy cariñoso. La abuela también era muy cariñosa, pero ella también se iba al campo.

<sup>2</sup> Al margen del subdesarrollo tradicional del oeste zamorano se unió la crisis de los años 40 derivada de la Guerra Civil. (N. E.).



Mi casa natal en la que viví hasta que me fui. Dibujo de la autora.

Recuerdo que cuando mis padres iban llegando a casa, cansados, nosotros corríamos y nos abrazaban, nos estrujaban, es como si lo estuviera reviviendo hoy; inolvidable. Después mis padres se fueron a vivir solos, a una casa de unos tíos por parte materna. Los tíos habían emigrado a Buenos Aires. A la casa sólo íbamos a dormir. Nos levantábamos y nos íbamos todos para la casa del abuelo, porque mis padres seguían trabajando con el abuelo. La razón es que mientras no hereden no tienen como trabajar, salvo alguna cosa que arrienden. Mis hermanos y yo, después de la escuela, nos íbamos a comer a la del abuelo, y de noche nos íbamos a nuestra casa a dormir.

Lo que recuerdo de la casa del abuelo es cuando se reunían las familias, por ejemplo en la matanza de los cerdos, se ponían a conversar y hablaban de viajes. Mi abuelo, mi padre y un tío habían estado en Cuba. Mi abuelo había ido dos veces a Cuba y una vez llevó a mi padre con sólo catorce años. Se ponían a hablar del viaje, de la travesía en el barco, del viento a favor y en contra, y de todas las peripecias que pasaban. Y sus vivencias en Cuba. Eso fue por los años veinte más o menos. Yo los escuchaba con mucha atención. Cuando fui más grande, ya me las sabía de memoria. Me quedaron como un cuento, pero cuando tenía curiosidad preguntaba cómo era tal o cual cosa.

Otra cosa inolvidable era las reuniones con los primos. Éramos como diez, más o menos de la misma edad, dos años más, dos años menos. Uno de ellos y yo éramos los más chicos. El abuelo se ponía a cantar y tocar acompañándose de un caldero que usaba como tamboril y disfrutaba viéndonos saltar y brincar. Eso le agradaba mucho.

Lo que más me marcó del abuelo es cuando enfermó. Yo no tenía más de siete años. Pensando que iba a morir, pidió que los nietos pasaran al dormitorio de a uno, sin que nadie escuchara lo que le decía a cada uno. Cuando me tocó pasar a mí, me dijo: que escuchara con mucha atención lo que me iba a decir y que no lo olvidara. Empezó a hablarme como si yo tuviera quince o veinte años. Me prevenía de todos los peligros que podrían sucederme en el mundo. Era un adelantado en su época, hablarme en esos términos a mis siete años. A lo que más se refirió fue a los peligros entre hombre y mujer, y lejos de casa. La visión que había que tener de las cosas, ser muy observadora; y me daba algunas tácticas. Aparte de aconsejarme de ser responsable en el trabajo, ser humilde, contestar bien, tener buena conducta, y de esa forma me iba a ir bien en la vida. Yo escuchaba con atención y las lágrimas me corrían por la cara. Por suerte, de esa enfermedad se curó y vivió dos años más. Pienso que él sentía como una obligación patriarcal de prepararme y protegerme, cosa que agradezco hasta el día de hoy. Sus palabras las llevo en el corazón y traté de honrarlo de modo que sus palabras no fueran en vano, porque dieron su fruto.

Los abuelos fueron muy importantes para mí. Porque con esos consejos de ese contenido a medida que yo crecía, me ayudaron a crecer como persona, y más cuando salí por el mundo como el abuelo decía. Siempre digo que el niño que no conoce a sus abuelos le queda una parte importante sin conocer.

Los abuelos por parte materna eran buenos, pero no tenían el carisma de los paternos. Eran un poquito más despreocupados. Recuerdo que mi madre nos contaba que se casó y fue a vivir con los suegros y la madre no le había enseñado nada, y los suegros le enseñaron todo lo que tenía que saber con mucha paciencia y cariño. Estaba muy agradecida, y mi padre le decía que nos enseñara a hacer todo, que para aprender había que “estragnar”<sup>3</sup>, y era mejor estragnar en casa de uno que en casa ajena. Aprender todo se refería a amasar, cocinar, hilar, coser, las tareas del campo, etc.

## MI PASAJE POR LA ESCUELA

El abuelo me sentaba en sus rodillas y me enseñaba el abecedario. Yo me lo sabía todo de memoria y sin equivocarme. El primer día que empecé la escuela

<sup>3</sup> Causar ruina, daño. (N. E.).

me quedé muy contenta. La maestra me trató bien porque le deletreé el abecedario de memoria. Lo peor fue que todo el año me tuvo enseñando las letras a las compañeras que entraron conmigo; me fui quedando sabiendo sólo el abecedario. Con siete u ocho años se tomaba la comunión y por lo tanto había que aprender el catecismo. Éste lo enseñaba la maestra; el Señor Cura era el catequista una vez por semana, y marcaba la lección de una semana para la otra. Había que saber el catecismo de memoria como el papagayo, aunque uno no entendiera nada de su contenido tan denso. Poniéndose a pensar, ese catecismo era más para grandes que para chicos, era el Catecismo del Padre Astete<sup>4</sup>, que todavía conservo.

Ahí me quedé: ...entre abecedario y catecismo. A la escuela no me mandaron mucho tiempo por tener que ayudar a mi hermano que lo pusieron de pastor a sus doce años, y yo tenía que ir muchos días a ayudarlo, con mis ocho años. Así eran las cosas, había que ayudar en la casa. Y se fue complicando, y a los nueve años tuve que ir con las cabras. Mi escolaridad quedó truncada.

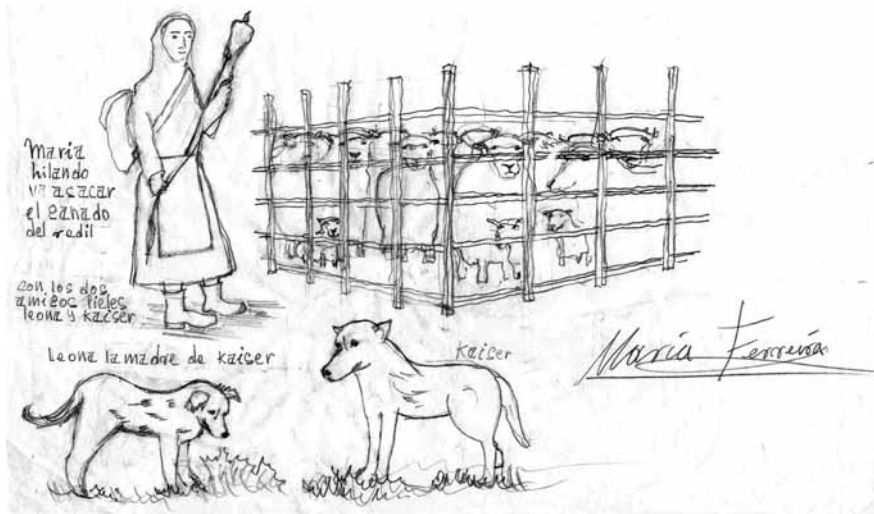
## LOS AÑOS DE PASTORA Y CABRERA

En el pueblo se iban terminado los cabreros. El que se disponía a guardar cabras formaba su rebaño con unos cuantos vecinos, hasta formar el rebaño que él quería. Llegó un año que quien le guardaba las cabras a mi padre dejó de hacerlo, y todos quedaron sin cabrero. Para no deshacerse de las cabras, se formaron cabriadas<sup>5</sup> entre seis o siete vecinos y a cada uno le tocaba ir un día por semana; pero mi padre no consiguió adherirse a ninguna, por ser los hijos muy chicos, y él no entendía nada porque el pastor de la familia había sido el hermano. Con mis nueve años, tuve que ir todo el año con las cabras, solamente con las nuestras. Eran entre cuarenta y cincuenta. Al año siguiente conseguimos adherirnos a otros, pero condicionado a que tenía que ir yo y no mi hermano. Con mucho humor lo digo, que ese año que cuidé mis cabras sola fue como si me hubiera preparado para dar examen de ingreso y hubiese salvado la prueba con sobresaliente<sup>6</sup>. Viéndolo a la distancia de los años, pareciera que hubiese sido así. ¡Qué ironía! Ahora, vendría a cursar mi bachillerato y sacar buenas notas. Para mí las cosas no eran tan fáciles, porque una cosa era un

<sup>4</sup> El Padre Gaspar Astete, nacido en 1537 y muerto en 1601, fue autor de diversas obras piadosas, entre ellas un catecismo, conocido como El Catecismo del Padre Astete, considerado muy sencillo por la facilidad de su lenguaje y estructura. Dicho catecismo tuvo gran difusión, contabilizándose más de mil ediciones, e incluso fue utilizado en la expansión católica de la Contrarreforma y la Evangelización del Nuevo Mundo. (N. E.).

<sup>5</sup> Rebaño de cabras de distintos vecinos. (N. E.).

<sup>6</sup> La autora se refiere al “examen de ingreso al Bachillerato”, prueba de importante dureza para los niños de entonces. (N. E.).



María hilando va a sacar el ganado del redil con los dos amigos fieles, Leona y Kaiser. *Dibujo de la autora.*

rebaño de cuarenta a cincuenta y otra era pastorear rebaños de doscientas a trescientas cabras, a una edad tan chica. Tenía que ir dos veces por semana con el rebaño de cabras, y tres veces por semana con el rebaño de ovejas, porque el rebaño de ovejas lo habíamos juntado con otro vecino, yendo tres días uno y tres días otro. Por esa razón yo iba dos días con cabras y dos días con ovejas. Así pasaron cuatro o cinco años.

Se casó la que iba tres días con el rebaño de ovejas y pasé yo a ir tiempo completo, y encontré quien me guardara las cabras, y a cambio de yo guardarle las ovejas. Y entre cabras y ovejas, salvando bien los exámenes, terminé con sobresaliente mi bachillerato, y así fui creciendo todos esos años, cumpliendo las funciones de pastora.

Confieso que fue una experiencia muy rica. Disfrutar de tanta naturaleza por los montes y praderas, a veces sólo sintiendo algún canto de pájaros, los cencerros del ganado y el ladrido del perro corriendo alguna liebre o conejo. Y otras veces, no tan buenas, cuando el perro descubría la presencia del lobo, con un ladrido especial. Y cuando eso sucedía, confieso que uno se erizaba y los pelos se ponían de punta. A principios de marzo el rebaño pasaba a dormir en el campo, en el redil, para abonar la tierra. Y yo también. A fines de junio, por el día de San Pedro<sup>7</sup>, se mandaban para la sierra, y volvían por el 15 de agosto. Yo me quedaba contentísima al no tener que ir en ese tiempo con el rebaño.

<sup>7</sup> Fiesta que se celebra el 29 de Junio. (N. E.).

Los primeros días de julio empezaba la segada [sic]. Las manos se me ampollaban con el mango de la hoz. Mis manos no estaban acostumbradas a trabajar con ese tipo de herramienta. Lo único que hacía durante el año mientras pastoreaba el ganado era hilar, tejer, coser, etc. Me las lavaba con vinagre y sal para endurecerlas. Ardía pero curaba. En dos o tres días ya estaban curadas. La siega para mí era divertida. Por lo menos era un cambio de rutina, como estar de vacaciones, aunque se trabajaba duro levantándose al alba con el lucero de la mañana y volviendo a casa con el lucero de la noche. A pesar del cansancio, íbamos cantando camino a casa con toda la muchachada que iba a nuestro paso. La siega duraba hasta fines de julio más o menos. Después se hacía el acarreo y la trilla, que duraba casi todo el mes de agosto.

Por el quince de agosto ya volvía el rebaño de la sierra, y vuelta a la rutina de pastora, dormir en el redil para abonar la tierra, hasta los primeros días de noviembre. Los meses de invierno, el ganado dormía en corralizas, que se hacen especiales para el ganado. Por lo general están fuera del pueblo, más cerca del monte. A fines de noviembre y principios de diciembre empezaban a nacer los corderitos. Era muy lindo llegar de mañana a la corraliza y ver cuatro o cinco corderitos nacidos. Cada dueño se llevaba a su casa todas las ovejas que estuvieran para dar cría, y el pastor quedaba sólo con los borregos hasta marzo.

Vivir la experiencia de pastora y criarme en ese pueblito con tanta belleza natural no se puede describir con palabras. Hay que vivirlo. Por eso yo siempre digo que si no me hubiera criado en ese pueblo me hubiera quedado una parte de mi vida sin conocer, porque la vida en el campo enseña mucho y se adquiere mucha experiencia. Todo es práctico, ahí no hay nada de teoría.

Me voy a referir a las actividades que se hacían en invierno, cuando las noches eran largas. Eran divertidos los hilandares<sup>8</sup>. Nos juntábamos cuatro o cinco mozas del barrio a hilar o tejer, un día a la semana en cada casa. Nos divertíamos mucho y los mozos tenían la costumbre de ir de visita de hilar en hilar y contaban los chismes de lo que sucedía en los otros hilandares, contábamos cuentos y cantábamos. Entre chisme, canto y cuento pasaba la noche hasta que la luz daba tres guiñadas<sup>9</sup>. A partir de ese momento había media hora de tiempo para acostarnos. Para la Nochebuena los mozos preparaban una o dos comedias y los de Figueruela de Arriba también. Teníamos dos o tres comedias. Eso era toda una algarabía. El día de Nochebuena primero era la comedia, que debía terminar antes de medianoche porque teníamos la “misa de gallo” y la adoración del niño Jesús. Con las comedias teníamos comentario para todo el invierno. En las noches mi padre cardaba la lana y peinaba.

<sup>8</sup> Lugares donde se hila en común. (N. E.).

<sup>9</sup> En los años 40 y 50 para ahorrar energía se cortaba la luz, previamente se hacían cortes intermitentes de aviso. (N. E.).

Mi madre, mi hermana y yo hilábamos. A mi hermano lo ponían a pelar patatas para el día siguiente, rezar el rosario y darle de comer a las vacas. Se tenía la costumbre antes de acostarse darse una vuelta por la cuadra de las vacas. Las noches de domingo no se trabajaba. Como yo había ido poco a la escuela mi padre se dedicaba a enseñarme algo de cuentas y cifras de números, y a veces nos leía la Biblia. Tampoco teníamos muchos libros. El invierno era la estación del año que se me hacía más larga. Uno se cansaba de la lluvia, del frío y de la nieve. Y todos los inconvenientes que eso acarrearba: si nevaba tener que dar de comer a las ovejas en comederos.

El otoño era la estación que más me gustaba, por ser la de recoger todos los frutos, vendimia, etc. Los días en el otoño eran tranquilos y serenos, y el resplandor de las hojas doradas daba un paisaje espectacular. Otra de las cosas inolvidables para mí era ir a juntar las castañas. Íbamos mis hermanos y yo y unos primos. Mi hermano y mi primo hacían una gran lumbre y tiraban unos puñados de castañas en la lumbre y nos llamaban a calentarnos sin decir nada y las castañas empezaban a explotar, y se armaba la de San Quintín<sup>10</sup>.

Con la llegada de la primavera, al empezar a alargarse los días, se revivía. Llegaba una o dos parejitas de cigüeñas y también las golondrinas, y gritábamos ¡“ya llegó la cigüeña, ya llegó la cigüeña, y las golondrinas!” Era todo una algarabía la llegada de las cigüeñas y golondrinas. El típico nido de la cigüeña estaba en la torre del campanario. Las golondrinas haciendo ese nido tan artístico como verdaderas arquitectas y constructoras. Al corral de casa siempre iba una parejita de golondrinas a hacer su nido y criar sus pichoncitos<sup>11</sup>. Yo de chica me pasaba mirando ratos largos como le daban de comer a los pichoncitos. Los negrillos brotaban y se llenaban de pájaros haciendo sus nidos, y se escuchaba el murmullo al anochecer cuando se iban a dormir. En los primeros días de la primavera se araba la tierra para sembrar el lino, patatas, garbanzos, habas, cebollas, ajos, sandías y melones. Para ensalada sólo se plantaban tomates, lechuga y morrones<sup>12</sup>. Y daba mucho trabajo porque había que regar a baldes de agua. Así que verdura se comía poca.

El verano era muy ajetreado, en julio la siega, en agosto el acarreo y la trilla. Al terminar la trilla se quedaba más aliviado, más o menos hasta mediados de septiembre. Ese tiempo se aprovechaba en llevar el lino al río, tenía que estar siete u ocho días en el agua. Se llevaba para casa, se majaba<sup>13</sup> y se guardaba hasta el invierno.

<sup>10</sup> Figuradamente algarabía y risas. (N. E.).

<sup>11</sup> La autora se refiere a golondrinos, crías de las golondrinas. (N. E.).

<sup>12</sup> Pimiento más grueso en relación a otras variedades, siendo el más dulce de todas ellas. (N. E.).

<sup>13</sup> Se golpeaba. (N. E.).



También mi madre, en ese tiempo libre, lavaba todo lo más grande, como mantas, lana, etc. Cargaba la burra y nos íbamos al río a lavar toda esa carga de ropa. Nos íbamos temprano y se volvía al atardecer, con todo limpio y seco, para guardado en el arca. Mi hermana y yo nos divertíamos metiéndonos en el río y jugábamos con el agua. Para nosotros era todo una fiesta.

A fines de setiembre era la vendimia. La vendimia era divertida. Nos descalzábamos, nos lavábamos los pies y nos metíamos en el macero<sup>14</sup> a pisar las uvas para meterlas en la tina a fermentar. En octubre se hacían las sementeras.

Y eso se repetía año tras año. No cambiaba nada. Y dependiendo del clima, porque a veces caían algunas tormentas, acompañadas de granizo que destrozaban todo lo que encontraban a su paso y fui creciendo con esas costumbres transmitidas de padres a hijos.

## LOS MOTIVOS DE EMIGRAR AL URUGUAY

En 1955 llega al pueblo un italiano que estaba casado con la hija de una vecina nuestra, y el italiano iba mucho a casa a charlar con mi padre. De las charlas con mi padre salió mi viaje; que si yo quería ir, que me reclamaban<sup>15</sup>, que se estaba bien, que había trabajo y pagaban bien, y también le dijo lo mismo a un cuñado casado y con una nena. Tanto al matrimonio como a mí nos pareció bien la idea de venirnos. En esos años, ya los jóvenes del pueblo tenían la inquietud de marcharse. El italiano le dijo a mi padre que no se preocupara por el dinero del pasaje, que él se lo daba, y que yo se lo devolvería cuando estuviera en Uruguay. El italiano había ido a vender unas tierras de la mujer, y en esa época no era fácil sacar el dinero de España.

En Uruguay tenía una prima casada con dos hijas y hacía tres años que se había marchado del pueblo y también tenía a mi madrina que llevaba más tiempo en Uruguay. Mi madrina, al enterarse que yo venía, reclamó a una amiga de ambas. Y empezamos todos juntos a hacer los trámites. Yo confieso que no tenía la más mínima idea de lo que estaba haciendo. La cosa era marcharse para algún lado. Nadie me obligaba, era lo que yo quisiera hacer. Nunca había salido de ese pueblo y no conocía nada del resto de España.

Con el tiempo me hice muchas veces la siguiente pregunta: si la misma propuesta de venir al Uruguay se me hubiera dado para cualquier ciudad de España para hacer lo mismo, trabajando de sirvienta, en esos mismos años, ¿mis padres me hubiesen dejado ir?. En ese momento en el pueblo todavía

<sup>14</sup> La autora se refiere al lagar, lugar en el que se pisa la uva. (N. E.).

<sup>15</sup> La “llamada” o “reclamo” de un familiar o paisano por parte de un emigrante en tierras americanas era necesaria para obtener los papeles de emigración, así como los de entrada en el país de recepción. (N. E.).

había como un prejuicio hacia el hecho de ir a trabajar de sirvienta. ¡Qué ignorancia la de aquel pueblo, dejar que uno se fuera tan lejos para hacer lo mismo!

A mediados de diciembre de 1956 me llegó la documentación de residencia en Uruguay, y para el 10 de marzo de 1957 ya teníamos fecha para viajar. Embarcaríamos en el puerto de Vigo en el “Alberto Doderó”<sup>16</sup>. Debíamos estar en Vigo cuatro días antes, y salimos del pueblo el 6 de marzo a la madrugada. A uno se le quedaba parte de su alma en ese pueblo: la despedida fue desgarradora. El equipaje de todos lo llevábamos en un carro hasta la estación del tren.

La estación más cerca estaba en San Pedro de las Herrerías. El tren pasaba temprano camino a Zamora. Ahí fue nuestra última despedida, con las familias que habían ido a llevar el equipaje. En Zamora hacíamos trasbordo hacia Medina del Campo y de ahí trasbordo hacia Galicia y allí empezaba nuestra aventura. En Vigo teníamos un familiar que nos llevó a conocer un poco la ciudad. Llegó la fecha del 10 de marzo y embarcamos a las tres de la tarde. El puerto era una multitud de gente despidiéndose de sus familias. Era un panorama desgarrante. Una vez a bordo, salimos todos los pasajeros a cubierta viendo como sacaban la escalera y soltaban amarras. El barco comenzó a moverse y lentamente se va alejando. Las familias seguían despidiéndose agitando los pañuelos. Alguien junto a mí decía a las familias que lo habían venido a despedir: “¡Non choredes, non choredes!<sup>17</sup>, que vamos a volver!”.

Hubiese sido un buen documental haber filmado todas esas escenas tan desgarradoras. Y muy rápido el barco se fue alejando de la costa, perdiéndose de vista las montañas. Entrábamos al océano.

El barco iba completo, casi todos emigrantes para Brasil, Uruguay y Buenos Aires. Casi todos eran gallegos; de nuestra región no encontramos a nadie. Y todos íbamos a lo mismo. Muchas galleguitas, jóvenes como yo, sin saber qué haríamos al llegar. ¿Cuál sería nuestra suerte? Yo hice amistad con algunas galleguitas, e intercambiamos direcciones. Pero me era bastante difícil entender el gallego, lenguaje que jamás había oído. Así fueron pasando los días. La travesía fue buena. La primera escala fue en Río<sup>18</sup>. Fue emocionante

<sup>16</sup> El vapor de ultramar de pasajeros y carga “Alberto Doderó” fue construido en el año 1951 en Holanda, con capacidad para 729 pasajeros (13 de primera clase y el resto de inmigrantes), destinado al tráfico de inmigrantes desde el Mar del Norte, en un principio, y desde el Mediterráneo posteriormente. Botado con el nombre de San Lorenzo, tras el fallecimiento de don Alberto Doderó recibió su nombre como homenaje cuando el barco estaba en la etapa del alistamiento final. (N. E.).

<sup>17</sup> “¡Non choredes”, la autora lo escribe en gallego, tal y como lo oyó, en castellano “no lloréis”. (N. E.).

<sup>18</sup> La autora se refiere a la ciudad de Río de Janeiro, Brasil. (N. E.).

despertar de mañana y ver la ciudad de Río y sus morros<sup>19</sup>. Salimos a caminar. Nos parecía mentira caminar por las calles de Río después de tantos días sin ver tierra. Teníamos todo el día para pasear. El barco recién salía al anochecer.

El segundo puerto fue Santos<sup>20</sup>, y fue lo mismo. Tuvimos todo el día hasta el atardecer. Yo tenía un primo que hacía cuatro años había emigrado a Brasil y radicado en Santos. Pasamos todo el día con él. El día se nos pasó volando; casi perdemos el barco. Desde lejos empezamos a sentir la bocina del barco llamándonos, y también el altavoz que nos llamaba por nuestros nombres. Corríamos a todo lo que podíamos. Ya iban a sacar la escalera. Después de pasar el susto y recuperar el aliento nos reíamos y le dimos un poco de humor negro; imaginándonos alcanzar el barco ¡por medio de una lanchita!

Llegamos a Uruguay el 28 de marzo, a las diez de la noche. Estaban todas las familias esperándonos, que no eran muchas. Lo más cercano de sangre que yo tenía era mi prima, y la madrina. Esa noche fuimos todos a dormir en la misma casa y al otro día nos separamos y yo me fui con mi prima. Como ya mencioné, estaba casada y tenía dos nenas. El matrimonio se fue a trabajar la tierra. Mi amiga consiguió trabajo en seguida con unos patrones muy buenos. Yo estuve casi un mes sin conseguir trabajo. Mi madrina trabajaba de doméstica y me decía que no me apurara, que teníamos que conseguir una buena casa. Conseguí trabajo de doméstica. Confieso que si hubiese tenido plata<sup>21</sup> me hubiese embarcado en el primer barco que saliese rumbo a España. Extrañaba muchísimo a mis padres, el pueblo, todo. Pero había que afrontar la realidad. Debía trabajar para pagar el pasaje. Y empezaba el desafío: no depender de los padres para vivir. Eso me ayudó mucho a crecer como persona.

En el primer trabajo estuve tres meses. Cambié de trabajo porque estaba lejos de mi madrina y mi amiga. En el segundo trabajo estuve siete meses. Me cambié para otro trabajo mejor, porque me pagaban más. Era para cuidar un niño, y además de mucama<sup>22</sup>. Había cocinera, por lo que éramos dos personas de servicio. Las españolas teníamos preferencia. Se decía que éramos muy trabajadoras. Por lo menos teníamos esa condición... Conste que yo de tareas domésticas no sabía nada. Todo lo fui aprendiendo sobre la marcha. Y ser una buena doméstica y saber llevar una casa es una profesión, una carrera, que se cursa con la práctica.

<sup>19</sup> Monte o peñasco escarpado que sirve de marca a los navegantes en la costa. (N. E.).

<sup>20</sup> Considerado el mayor del Hemisferio Sur, el Puerto de Santos fue inaugurado el 2 de Febrero de 1892, cuando la entonces Companhia Docas de Santos (Compañía Docas de Santos-CDS), entregó a la navegación mundial los primeros 260 metros de muelle, en el área hasta hoy denominada Valongo. (N. E.).

<sup>21</sup> La autora se refiere a dinero. (N. E.).

<sup>22</sup> Mucama: persona empleada en el servicio doméstico. (N. E.).

En este tercer trabajo eché anclas. Estuve desde enero de 1958 hasta octubre de 1969. El niño que debía cuidar era bueno y dócil. Nos encariñamos mutuamente, no quería ir a ningún lado si yo no iba. Los padres eran un poco mayores. La patrona me enseñó como le gustaba que le hiciera el trabajo. Muy rápido aprendí sus costumbres, cada vez me iba adaptando más. Siempre agradecí todo lo que aprendí con la patrona. Empecé a sentirme más cómoda, más como en familia. La señora se preocupaba por todo lo que a mí me pasara, etc. No puedo dejar de mencionar a mi compañera. Era una señora quince años mayor que yo, del interior, excelente persona. Nos llevábamos de maravilla. Éramos dos en una. Para mí era como una madre, amiga, un todo. Nos complementábamos perfectamente. Nos seguimos viendo periódicamente. Ya tiene ochenta y cinco años y se fue a vivir a su ciudad en el interior del país. Las cosas se iban dando a su paso, pero siempre extrañando y con la mente en el pueblo. Eran muchas las noches que soñaba que corría detrás de las cabras o las ovejas, o cortando uvas de la viña, o comiendo la merienda y tomando agua en la fuente, o hablando con mis padres. Eso era frecuente. Al despertar me quedaba la satisfacción de haber estado allí, aunque sólo fuese en sueños.

Mi hermano también decidió emigrar para el Uruguay. Se vino junto con una familia del pueblo, y llegaron en 1959. Tanto la familia como mi hermano se fueron a trabajar la tierra. Ya éramos dos en el Uruguay. Y no estaba tan sola.

## ITINERARIO DE VIAJE

En 1960, mis patrones decidieron hacer un viaje a Europa, y llevarme a mí para ocuparme del niño. Iba a ser un viaje por un año. En mayo de ese año embarcamos para Europa en el buque francés “Louis Lumière”. El viaje fue fantástico. Eso era otra cosa, era viajar en primera. Desembarcamos en Vigo y subimos al auto que habían traído desde Montevideo. En Vigo estuvimos una semana; recorrimos todos los alrededores y fuimos a La Toja. De Vigo fuimos al sur, hasta Oporto. Pasamos la noche allí. Pasamos a España, haciendo noche en Salamanca y visitando sus catedrales y la Universidad tan famosa. De Salamanca nos fuimos a Figueruela de Abajo, a dejarme a mí a pasar una semana con mis padres. Ellos siguieron rumbo a Madrid. Eso para mí fue lo máximo que me había pasado hasta ese momento: volver a ver a mis padres y hermana, y pisar ese suelo, beber agua de las fuentes, etc.

A la semana me fui a Madrid, a encontrarme con los patrones. Estuve veinte días en Madrid, conociendo los museos y tanta belleza, y por qué no decir, conociendo su gastronomía. Fue inolvidable. En ese viaje conocí un poco de España. De ahí nos fuimos a Barcelona, y pasamos por Zaragoza.

Visitamos la catedral y conocí a La Pilarica<sup>23</sup>. Todo lo que tiene de bueno el ir en auto y sin apuro, y poder desviarse de la ruta cuando hay algo que visitar. En Barcelona estuvimos quince días. Como de costumbre, no dejamos nada por ver. Me impresionó La Sagrada Familia, estuvimos en el Tibidabo<sup>24</sup>. De ahí nos fuimos a Playa de Aro. Estuvimos un mes haciendo playa. Pasamos a Francia, a Niza, en la Costa Azul. Estuvimos veinte días, haciendo algo de playa y como siempre sin dejar nada que visitar y nos marchamos a Italia, a Génova, Milán, y Florencia. Estuvimos diez o doce días en cada ciudad, por supuesto sin dejar nada por ver. De Florencia nos fuimos a Roma. El embajador uruguayo en Roma era primo de los patronos, y nos consiguió audiencia con el Papa. Eso también fue lo máximo, y sin dejar de ver todas las bellezas de Roma y sus alrededores. De Roma ya nos fuimos directo a París. Llegamos el doce de noviembre. Alquilamos un apartamento y nos quedamos hasta el veinte de julio de 1961. A esas alturas yo ya estaba cansada de hoteles y en el apartamento me sentía fantástica. Ahí tenía que cocinar, hacer las compras, llevar el chico a la escuela, pues lo habían puesto en la escuela de la Junta (escuela pública). Pero eso no se me hacía trabajo y ahí empezó mi arte culinario. Me iba defendiendo bastante bien, como “gato entre la leña”, y me gustaba hacer las compras para la comida. Aunque no hablaba francés, yo me hacía entender.

Un mes antes de regresar a Uruguay, fui al pueblo por una semana. En ese momento tuve ganas de quedarme en España, haciendo el mismo trabajo en una buena casa, y estar en mi país. Pero mis patronos no se merecían que yo les hiciera eso, y el niño estaba muy encariñado conmigo y yo con él. El veinte de julio de 1961 embarcamos, en el puerto de El Havre, en el mismo barco. El viaje, como en el de la ida, fue fantástico. A la llegada al Uruguay mi hermano me comunica que tenía ganas de traer a nuestros padres. Mi hermano se había casado y se había dedicado a trabajar la tierra. A mí no me convencía esa idea de traerlos, pero le dije que si nuestros padres querían venir era su decisión, y mis padres tenían ganas de venirse. Pienso que lo que los motivó para venirse fue el hecho de tener dos hijos aquí, y tendrían miedo que la hija que estaba con ellos se casara y se marchara y ellos quedaran solos. Y en 1962 emigraron a Uruguay. Al año se vino mi hermana con su marido y una hija chica. Ya estaba toda la familia en el Uruguay. Como mi hermano estaba trabajando en la tierra, todos se fueron a trabajar la tierra. El trabajo que hacían en la tierra era cultivar la vid, frutales y verdura. Yo seguí con mis patronos. Y la patrona un día me dice que tenía que aprender a manejar el auto porque ella

<sup>23</sup> Basílica de la Virgen del Pilar. Patrona de España y de la Hispanidad. (N. E.).

<sup>24</sup> Colina próxima a Barcelona desde la que se goza de amplia panorámica. (N. E.).

tenía miedo de aprender. Así yo la llevaba a todos lados. Ahí ya era un poco orquesta. Tenía que hacer de todo. Me puse a pensar que debía aprender algún oficio que me hiciera, independiente. Con el trabajo de doméstica, con cama, comida y sueldo, no iba a salir de eso, y yo quería otra cosa. Y me puse a aprender corte y confección. Me compré la máquina de coser y sacrifiqué la salida del domingo para ir dos días a la semana a aprender el corte. La patrona estaba encantada porque le hacía la ropa. Pedí si me dejaba ir a la escuela nocturna. Me dijo que sí, y me apunté e hice primaria de noche y la terminé. Me anoté para hacer secundaria, fui tres meses y no pude ir más, porque eran huelgas todos los días, los profesores no iban, los alumnos hacían manifestaciones, y yo no estaba para perder el tiempo. Hacer el sacrificio y dejar de trabajar y llegar al liceo y no haber clases, y expuesta a cualquier peligro; no fui más. Una lástima.

Cuando me puse a coser también tuve suerte. A dos manzanas de mi trabajo conocí a una señora que tenía una casa muy grande y vivía sola. Era viuda, con dos hijos casados. Yo hacía dos años que le cosía, en mis ratos libres, y le iba a probar la costura a la casa. Un día le dije que yo quería poner un taller de costura, si sabía de algo para alquilar que me avisara. Y cuando volví a la casa, me dijo que podía poner el taller en su casa, si a mí me gustaba, y que también me daba para vivir. Y me mostró toda la casa, donde me podía instalar. A mí me gusto porque era muy independiente. Era una casa inmensa, construida por su marido que era arquitecto.

Ahora tenía que plantárselo a mi patrona. Empecé diciéndoselo de a poco, de mi decisión de poner el taller, y fue comprendiendo mi decisión. Con mis patronas quedé muy bien, yo estaba muy agradecida por todo lo que había aprendido con ellos. El niño ya era un adolescente. Tena dieciséis años. Nunca perdí el contacto con la familia ni con el chico (ya no tan chico), hasta el día de hoy. Tiene cincuenta y dos años, abogado, casado con cuatro hijos y sigo siendo su segunda madre y segunda abuela de sus hijos. Cuando chiquitos, les contaba de sus abuelos porque no los conocieron.

En 1969 me instalé con mi tallercito, la costura que hacía era de medida. Tenía que probar que me diera para alquiler, mantenerme y que sobrara algo. Y lo fui logrando. Lo que hacía me daba satisfacción. Pude comprarme un piso, chiquito pero lindo.

En esa casa tan grande, en planta baja, el hijo de la señora, que también era arquitecto puso el estudio y el que hoy es mi marido trabajaba allí. Nos conocimos en 1975. La señora de la casa nos quería mucho y nos dijo que la llamáramos “abuela”, que señora no le gustaba. La abuela me brindó todo, una abuela fuera de serie. Sólo me cobró tres meses el alquiler. Me dijo que no me cobraba, que estaba muy contenta, que yo salía poco y que no estaba sola en esa casa tan grande, sobre todo de noche y eso era muy importante para ella.

La abuela ya tenía sus años. Salía poco y se entretenía abriendo la puerta a mis clientas y atendiendo el teléfono. Se sentaba a mirar como le hacía las pruebas a las clientas. Todo eso la hacía feliz. Pronto pasamos a ser como madre e hija. En la casa de la abuela estuve con mi taller dieciocho años. En esos años trabajé mucho, por el año 85 la costura de medida empieza a mermar. Aparecen las ferias con ropa barata, traída de otros lados, y la medida la hacían las mujeres que no encontraban su talle, para casamientos y fiestas. Y todo se fue dando a la vez. Porque yo tuve que operarme las manos del pase Carpiano<sup>25</sup>, primero una y luego la otra, y la costura la seleccioné un poco, haciendo la que menos mano de obra llevara. Estuve doce años de novia, y en 1987 me casé. No tuve hijos. Fui a vivir con mi suegra y puse el taller en su casa.

Y me vino la inquietud de hacer otra cosa, y me anoté en la Universidad del Trabajo del Uruguay para hacer los cursos de cocina, y los hice todos, completos. Estaban formados por dos años de cocina, dos de confitería, uno de decoración en azúcar, un año de cocina internacional y un año de cocina natural, y un año de panadería. Para confitería, una vez por semana dibujo. En total ocho años. Empecé como chiste y me empezó a gustar de tal manera la cocina que no pude desengancharme más hasta no terminar. Además, la cocina es fascinante. Nunca se termina. No se paga nada, sólo se gasta en los materiales para cocinar. Fue una experiencia fantástica, estar al lado de gente joven y de toda edad, pues no hay edad para hacer esos cursos. Yo empecé en 1993 y terminé en el 2000.

Al terminar el primer año de cocina me fui a trabajar de cocinera al balneario Punta del Este. Es el más pituco<sup>26</sup> del Uruguay, y pagan muy bien. Hasta el día de hoy, aún sigo yendo los dos meses de verano. Yo estoy jubilada, pero la jubilación en el Uruguay no da para vivir.

En el Uruguay, después del 2000, con la crisis grande que tuvimos, la gente empezó a emigrar a carradas<sup>27</sup>, para España, Italia, los Estados Unidos, etc. A mí me da mucha bronca<sup>28</sup>, porque familias que se vinieron de España para Uruguay ahora ven marcharse a sus hijos, y se repite la misma historia. Y uno se pregunta. ¿Qué es lo que está pasando?. Y también pienso en los que se van sin documentación, expuestos a todo.

<sup>25</sup> La autora se refiere al “túnel carpiano”, trastorno doloroso de la muñeca y de la mano producido por la inflamación del denominado túnel carpiano, túnel que al inflamarse presiona el nervio mediano provocando dolores y/o entumecimiento de la mano. (N. E.).

<sup>26</sup> Pituco: referido a persona presumida, que se arregla mucho. En este caso, la autora se refiere a que el balneario Punta del Este estaba frecuentado por personas de altos ingresos, por lo que éste mostraba características de lujo. (N. E.).

<sup>27</sup> La autora se refiere a “en gran número”. (N. E.).

<sup>28</sup> Enojo, enfado, rabia. (N. E.).

La emigración ha cambiado mucho. Antes los españoles veníamos en barco de emigrantes para América. Ahora es en avión y como turistas, buscando alguna manera de poder quedarse. La emigración masiva para Uruguay y América empieza a mermar después de 1960. Yo vine en 1957 y me acuerdo que por '64 o '65 [sic] salen del puerto de Montevideo los barcos llenos de inmigrantes repatriados para España, casi todos gallegos. Yo también tenía ganas de irme, pero ya tenía aquí a mis padres y separarme de vuelta y llegar a España y no tenerlos era repetir la historia.

En dos palabras, toda la familia nos vinimos para mejorar la calidad de vida aún a costa de pagar un precio a veces caro.

Mi madre falleció en 1966, a los sesenta y seis años, de un ataque cerebral. No sé si es hereditario, pero su madre falleció de lo mismo. Con esa pérdida se desmorona todo. Y me pregunté si había valido la pena salir de aquel pueblo a un país tan lejano para vivir tan poco tiempo.

Mi padre falleció en 1976, con setenta y un años, de cáncer al [sic] pulmón.

Mi hermano falleció en 1977, a los cuarenta y cuatro años, de un paro cardíaco, dejando a su mujer con dos hijos de quince y once años.

Como se puede apreciar, se me fueron todos. Quedamos mi hermana y yo. Tratamos de cuidarnos del problema arterial, dados los antecedentes familiares.

En Figueruela de Abajo sólo me queda un tío, hermano de mi madre, con su señora; los demás han fallecidos. En el pueblo me quedan tres primas. Los demás, que son muchos, están todos fuera del pueblo, la mayoría en Madrid, Salamanca, etc.